

# EL PENSAMIENTO REGENERACIONISTA A TRAVÉS DE GASPAR SABATER SERRA

Antonio Cañellas Mas  
CIDESOC\*

## RESUMEN

Tras el desastre de 1898 fue instalándose entre la intelectualidad española un complejo de inferioridad con respecto a las antiguas naciones de Europa. Mientras éstas emprendían con éxito su expansión colonial, asociada a su segunda industrialización, España quedaba relegada del proceso. El pesimismo inicial, fundado en una visión decadente de la historia española, terminó generando fórmulas regeneracionistas basadas en la imitación de lo foráneo. Sin embargo, con el cambio generacional y de contexto surgieron otras propuestas que demandaron la vuelta a los valores tradicionales de la cultura española. En Mallorca, Gaspar Sabater se convirtió en difusor de una corriente que, a escala nacional, intentó armonizar esos principios esenciales con el recurso a la técnica moderna para procurar ese renacimiento.

**PALABRAS CLAVE:** regeneracionismo, dictadura, liberal, tradición, cultura, modernidad.

## ABSTRACT

After the disaster of 1898, an inferiority complex towards the old nations of Europe came about among Spanish intellectuals. While these were successfully undertaking their colonial expansion, associated with their second industrialization, Spain was relegated from the process. The initial pessimism, based on a decadent vision of Spanish history, ended up generating regenerationist formulas based on the imitation of all things foreign. However, with the generational and contextual change, other proposals arose that demanded a return to the traditional values of Spanish culture. In Mallorca, Gaspar Sabater became a diffuser of a trend that, on a national scale, tried to harmonize these essential principles with the use of modern technology to ensure this renaissance.

**KEY WORDS:** regeneration, dictatorship, liberal, tradition, culture, modernity.

## 1. Génesis del regeneracionismo

El regeneracionismo como entramado ideológico destinado a infundir vitalidad a todos los elementos constitutivos de la nación tiene su punto de partida en la crisis de 1898. Es a raíz de la pérdida de las provincias de Ultramar: Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ocupadas por Estados Unidos tras la rúbrica del Tratado de París en diciembre de aquel año, cuando aflora un movimiento crítico con el sistema político de la Restauración.

---

\* Centro de Investigación y Difusión en Estudios Sociales.

Años antes –en 1876– Antonio Cánovas del Castillo había diseñado un régimen en el que la Monarquía, concebida como institución inherente al ser histórico de España y garante de su continuidad, compartiría la soberanía con las Cortes, representativas de los intereses del reino. La Corona actuaría entonces como auténtico poder moderador de la vida política. Ésta se organizaría sobre la base de un modelo eminentemente bipartidista, en el que conservadores y liberales se turnarían en el gobierno respetando, en cada caso, lo prescrito en el ordenamiento constitucional.

Aunque, a decir del dirigente malagueño, la escasa cultura política del país – con un 60% de analfabetismo– recomendaba la limitación del derecho de sufragio, el falseamiento electoral fue un recurso habitual desde que el régimen iniciara su singladura. Se trataba de asegurar la convivencia entre los dos grandes partidos sostenedores del sistema, preservando –ante todo– los beneficios anejos a la estabilidad política. Cuando en 1890 el gobierno liberal de Sagasta aprobó la ley de sufragio universal no hizo más que perpetuarse la manipulación del voto a mayor escala. El ideal democrático de los liberal-progresistas –heredero de la Constitución de 1869– chocó con la realidad de un país todavía propenso al abstencionismo y a la desmovilización política. Para que el funcionamiento de aquel andamiaje no condujera a otro período de agitación política como el acaecido durante la época del sexenio, el sufragio precisaba de la tutela de la gran propiedad y de la autoridad pública. Así lo entendieron sus artífices<sup>1</sup>, con el agravante de institucionalizar aquellas prácticas a lo largo del tiempo. De hecho, y a pesar de los intentos frustrados por erradicarlas, el fraude se prolongaría durante el reinado de Alfonso XIII.

En este sentido, es interesante subrayar que las primeras voces del movimiento regeneracionista fueron previas a la difícil coyuntura de 1898. Ya a comienzos de la década, el ingeniero Lucas Mallada había arremetido contra “los males de la patria” (así tituló su obra), que cifraba en la ignorancia sistémica y en la inmoralidad de la clase política al no afrontar decididamente el problema<sup>2</sup>. Parecían prevalecer los intereses y ambiciones de partido, insertas en un modelo viciado por la componenda premeditada, al deseo sincero por mejorar las condiciones de la población en todos los órdenes.

Este mismo propósito había inspirado la pluma de Joaquín Costa hasta el punto de legitimar el recurso a la dictadura. No como la había teorizado Juan Donoso Cortés, en cuanto medio eficaz para bregar contra la subversión social y el caos, sino como instrumento terapéutico para procurar la modernización del país en aquellas etapas de inmadurez que éste pudiera atravesar. En calidad de jurista, Costa llegó a plantear sin éxito la regulación de la dictadura como remedio excepcional previsto por la Constitución. Con las apelaciones a la *revolución desde arriba* –entendida como empuje europeizador–, el “león de Graus” se erigió en uno de los precursores del llamado “espíritu del 98”, cuyo contenido habría de merecer la atención de Gaspar Sabater; tal como comprobaremos en las páginas que siguen.

<sup>1</sup> COMELLAS, J.L., *Cánovas del Castillo*, Ariel, Barcelona, 1997, p. 294.

<sup>2</sup> MALLADA, L., *Los males de la patria*, Madrid, 1890.

Por otra parte, no es menos cierto que el krausismo actuó también como corriente revisionista. A pesar de sus raíces liberales, el origen alemán de esta línea de pensamiento, abundó en una concepción organicista de la sociedad, pareja a la que sostendría el corporativismo católico frente a los excesos individualistas de la filosofía liberal. La divergencia entre estas “escuelas” vino marcada por el laicismo krausista, que lo situaría definitivamente a la izquierda del panorama intelectual y político<sup>3</sup>. De ahí las agrias controversias surgidas en la segunda mitad del siglo XIX y que tendrían en Marcelino Menéndez Pelayo (maestro admirado de Sabater) a uno de sus principales polemistas.

Sin embargo, para el tema que nos ocupa, no puede desestimarse esta confluencia organicista; tanto en la concepción del derecho como del Estado, si aspiramos a comprender el planteamiento ideológico de Sabater.

Cabe reseñar, por tanto, que con la traducción al español de la obra *Curso de Derecho Natural* de Enrich Ahrens –discípulo de Krause– se inaugura una hoja de ruta para conformar un modelo constitucional basado en el sufragio corporativo. Se rechazó entonces la interpretación individualista de la persona que había incorporado el liberalismo a su esquema político. El desapego de este pensador alemán a una noción absoluta del ciudadano sin considerar las relaciones con su ámbito familiar o profesional, le confirmaría en la necesidad de integrarlos como cauces de expresión imprescindibles en la organización política del Estado<sup>4</sup>.

La democracia orgánica o representación por cuerpos sociales desembocó en un proyecto compartido por varios sectores ideológicos que –a izquierda y derecha– se dieron cita en la crisis finisecular de 1898.

## 2. El movimiento en los albores del siglo

Como en otras ocasiones de la historia, la efervescencia para reformar la administración y la política española partió del ímpetu de su periferia<sup>5</sup>. El regeneracionismo catalán agrupado en torno al general Polavieja convergería en el gobierno central con el programa revitalizador auspiciado por Francisco Silvela en su condición de nuevo líder del Partido Conservador. Aunque el transcurso de esta colaboración resultara poco fructífero, se habían sentado los cimientos para la pronta edificación del catalanismo regeneracionista abanderado por Cambó. El influjo de la escuela nacionalista alemana no se constriñó a sus demandas descentralizadoras para el reconocimiento del llamado “hecho diferencial” catalán, pues la dimensión organicista de su autoproclamada nación prevalecería a la del interés individual. De ahí la vindicación del sufragio corporativo, identificado con el esplendor de las instituciones catalanas de la Edad Media y como vehículo para autentificar la representación parlamentaria de la Restauración. Pese a que esta fórmula no llegara a

---

<sup>3</sup> GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX*, Tecnos, Madrid, 2005, p. 32.

<sup>4</sup> FERNÁNDEZ DE LA MORA, G., *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985, p. 42.

<sup>5</sup> Véanse al respecto las reflexiones de VICENS VIVES, J., *Aproximación a la historia de España*, Salvat, Madrid, 1970, p. 127.

cuajar mientras perduró el régimen liberal, fue cobrando fuerza a medida que éste agudizaba su declive. En Mallorca, el director del diario *El Día* –difusor de las ideas de la tendencia conservadora del Partido Liberal– propugnó un retorno a las glorias pasadas de la nación española para espolear su renacimiento. Ciertamente, en un acopio de artículos titulado *La suerte de España* (1899), Lorenzo Barceló incitó la edificación de la patria y su porvenir sobre el legado de su más prestigiosa historia. Para ello reclamaba hombres nuevos, sustitutos de la vieja clase política del sistema, que habría materializado su incapacidad de acometer esa obra redentora<sup>6</sup>. Dicha impotencia se asociaba a la propia dinámica partidista.

La crítica a la partitocracia devino frecuente entre muchos regeneracionistas. En la encuesta sobre *Oligarquía y caciquismo* promovida por Joaquín Costa en 1901 concurrieron varias firmas con diagnóstico y soluciones diversas. Si Antonio Maura se mostró proclive a una reforma de las costumbres políticas que, conservando las bases liberales del sistema, la expurgara de sus vicios y malas prácticas; otros como Juan Mañé o Antonio Casaña abogaron por la instauración de un modelo corporativo de representación. El régimen de partidos debía extinguirse para dar paso a una democracia orgánica, con presencia de cada clase social en las Cortes según su importancia y capacidad. A decir de Costa pocos años después: el presidencialismo debía completar este armazón como poder ejecutivo, independiente del Parlamento y dotado de una amplia autoridad para aplicar el programa de reformas hasta que el país alcanzara su madurez. Esta ruptura con la Monarquía era el resultado de la labor obstruccionista que, según el aragonés, habría ejercido la institución a través de los partidos dinásticos. Y es que el primer intento por alentar la participación de las entidades sociales del país mediante la elaboración de un programa de gobierno por parte de las Cámaras de Comercio, concluyó en un fracaso rotundo debido a la oposición del Consejo de Ministros. Esto explica el lamento proferido por otro mallorquín, Andrés Barceló, en 1906, dirigido a los partidos políticos, que en su obra *Educación política de los pueblos* tildaría de meros instrumentos para satisfacer la ambición de sus líderes.

La crisis de la Restauración se aceleraría con la quiebra del turno en 1913. Antonio Maura mostró su indisposición de alternarse en el poder con los liberales, acusados de deslealtad por sus concomitancias con la extrema izquierda<sup>7</sup>. Poco más tarde, el estadista balear abandonaría la jefatura conservadora. Parecían diluirse las esperanzas regeneracionistas que aquél encarnara, amén de la descomposición interna de los grandes partidos.

### 3. Influencias en la obra de Gaspar Sabater

En el contexto de esta difícil coyuntura Gaspar Sabater Serra vio la luz en Palma el 13 de septiembre de 1914, coincidiendo con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Hijo único del matrimonio formado en 1912 por Gaspar Sabater Marcús, natural de Buñola y con ascendencia esporlerina, y Catalina Serra Ramis, oriunda de

<sup>6</sup> BARCELÓ, L., *La suerte de España*, Tipográfico Francisco Soler, Palma, 1899, pp. 32-34.

<sup>7</sup> TUSELL, J., *Antonio Maura. Una biografía política*, Alianza, Barcelona, 1994, p. 136.

Sancellas. Su infancia transcurrió habitualmente en Ciutat. Cursó estudios básicos en las Monjas de la Crianza y el bachillerato en el Colegio de los Hermanos de La Salle. En 1928, avanzada ya la dictadura del general Primo de Rivera, ingresó en la Escuela Normal de Maestros de Palma. Posteriormente ejercería el magisterio en las escuelas unitarias de Calonge, Caimari y Deyá, donde consolidó su plaza en 1943.

Gaspar Sabater no fue ajeno a la influencia de una familia inserta en los estándares tradicionales de la clase media mallorquina de procedencia rural, como tampoco de las corrientes de pensamiento que hemos apuntado. Inclinado desde muy joven a las artes y las letras, a los 18 años se inició como colaborador en la prensa local. Desde el rotativo *La Última Hora* publicó sus primeros artículos de crítica literaria, recogidos y ampliados en forma de ensayo en 1936. En esta obra incipiente reconoció su afición por desentrañar y asimilar el contenido de las publicaciones de su interés. Nadie pretenda hallar originalidad en el discurso de Sabater. Así lo advirtió nuestro autor, que nunca quiso ocultar su deuda intelectual con aquellos predecesores a quienes consideraba sus maestros<sup>8</sup>. Este acendrado sentido por la tradición –definida como aquello que subsiste en el tiempo más allá de los caprichos de la moda– le indujo a profundizar y divulgar las ideas de sus principales referentes a través de los aportes de su propia generación.

Aunque Sabater admitiera la influencia de los grupos del 98 y del 14 en relación con el problema de España, confirmó un cambio de esencia tomado de Ernesto Giménez Caballero. Para el pensador regeneracionista –próximo al novecentismo de Ortega y Gasset, y teorizador del fascismo– el elemento impulsor de una auténtica transformación residiría en la fuerza del espíritu y su consiguiente grito de disconformidad<sup>9</sup>. Esta reacción vital frente a la actitud acomodaticia de la otrora crítica generación del 98 y de su continuación filial en la del 14, fue la que enarboló el mismo Sabater:

Toda generación adopta con respecto a la que le precede una actitud distinta que es fruto de la concepción de la vida que cada una de ellas se forja: de su filosofía [...]. Sin la generación del 98 no habríamos llegado a la actual, eminentemente optimista y afirmadora: la de los discípulos de Ortega que no creyeron en él<sup>10</sup>.

Tres son las fuentes principales que nutren la obra política de Sabater, coincidentes todas ellas en un común denominador regeneracionista, pero con un numerador a veces distinto en el modo de proceder. Marcelino Menéndez Pelayo, José María Salaverría y Ernesto Giménez Caballero componen esa tríada intelectual que Sabater procurará armonizar en sus escritos, subrayando el valor supremo y compartido del engrandecimiento nacional. También en el ámbito de la literatura, concebida como una potencia de transformación social ordenada a recuperar las esencias de la nacionalidad conforme las habían captado los clásicos del Siglo de Oro. De ahí el encendido elogio de Sabater al *genio españolísimo* de Menéndez Pelayo,

---

<sup>8</sup> SABATER, G., *Ensayos de crítica literaria*, Gráficas Mallorca, Palma, 1936, pp. 16-17.

<sup>9</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Genio de España*, Ediciones Jerarquía (5ª ed), Barcelona, 1939, p. 42.

<sup>10</sup> SABATER, G., *En torno a la afirmación española*, Editora Nacional, Madrid, 1943, p. 39, 53.

según él mismo lo calificara, remarcando el “venero inagotable de saber de su extensa obra”<sup>11</sup>:

Menéndez Pelayo [nos dirá] es el único que puede suministrarlos los datos que necesitamos. No otro. Sus escritos –considerados como anacrónicos por la generación que nos ha precedido (la del 98 y sus hijos)– encierran la verdad de nuestra historia. Son el odre donde se guarda el genio de España puro<sup>12</sup>.

Conforme a esta sentencia, nos encontramos ante una disquisición sobre la metafísica de España. Es decir ¿cuál es la esencia que informa su existir? La trascendencia del idealismo alemán complementado con la filosofía católica balmesiana impregnó a Menéndez Pelayo de una idea de nación como un conjunto orgánico dotado de un *espíritu* incardinado en ella a lo largo de la historia. Este *espíritu español* estaría, por tanto, asociado al catolicismo en cuanto agente configurador de la nacionalidad española. La historia de España se presenta así como una disputa perpetua entre la ortodoxia y la heterodoxia religiosa, vinculadas a los ciclos de auge o decadencia nacional según alcance el despliegue de ese espíritu católico<sup>13</sup>. De aquí se desprendería su necesaria restauración para vivificar todas las potencialidades del país. En virtud de esta premisa, Sabater reclamó la puesta en valor de la cultura española en sentido pleno, esto es, fundada en la interpretación católica de la existencia como hiciera el propio Menéndez Pelayo. La figura de Pedro Calderón de la Barca aparece en la pluma del mallorquín como exponente de ese pensamiento filosófico acorde con el sentir popular de su tiempo. La conjunción lírica y teológica del autor insertaría su obra en lo más hondo del alma española, opuesta a la modernidad materialista que paralelamente brotaría en el norte europeo<sup>14</sup>. Entran a la zaga dos concepciones del universo. Para Sabater –siguiendo la estela del polígrafo montañés– las causas de la decadencia española estribaban en su afán por emular lo ajeno a la cultura nacional, despreciando los valores permanentes de su espíritu<sup>15</sup>. El compromiso adquirido por la mayor parte de los escritores de la generación del 98 de *européizar* España, insuflándole una conciencia cultural moderna para librarla del lastre de sus anquilosados esquemas de pensamiento, halló la oposición frontal de Sabater. La generación de Unamuno, Baroja o Azorín se nos presenta “vacua, sin vértebras, deslumbrada por el oropel reluciente de un nombre exótico o por cuatro ideas mal [...] digeridas, traídas allende las fronteras”<sup>16</sup>. “Estos hombres –agrega nuestro autor– víctimas del ambiente y de la fascinación modernista, de la filosofía pesimista de Schopenhauer, o de la menos confusa de un Krause, no fueron sino el

<sup>11</sup> Véase la dedicatoria de SABATER en, *Ensayos de crítica literaria*, 1936.

<sup>12</sup> SABATER, G., *En torno a la afirmación...*, p. 59.

<sup>13</sup> Véase el epílogo de MENÉNDEZ PELAYO, M., a su *Historia de los heterodoxos españoles*. GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., *Historia de las derechas españolas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 173.

<sup>14</sup> SABATER, G., «Crítica literaria» en *La Última Hora* (08/03/1933).

<sup>15</sup> SABATER, G., «El barbarismo en nuestra literatura» en *La Última Hora* (12/04/1933).

<sup>16</sup> SABATER, G., *En torno a la afirmación...*, p. 30.

epílogo de los desvertebramientos por los que ha pasado España durante los últimos tres siglos”<sup>17</sup>.

La crítica al afrancesamiento de la cultura española contemporánea, no podía aceptar las soluciones regeneracionistas de quienes lo profesaban por juzgarlas incompatibles con el ser genuino de la hispanidad. La mutua exclusión –de un lado y de otro– no impidió el ensayo posterior de una síntesis superadora, que también contaría con la colaboración de Sabater a medida que fueron mutando las circunstancias de la vida española.

Sin embargo, con anterioridad prevaleció la filípica del escritor mallorquín, arraigada en las denuncias consignadas por José María Salaverría en su obra *La afirmación española* de 1917. El libro, además de llamar a la movilización frente a los nacionalismos periféricos, a quienes Salaverría no reconoció ninguna voluntad de contribuir a la regeneración de España<sup>18</sup>, hizo de la generación del 98 el objeto preferido de sus diatribas. Su primer defecto, a decir del autor, era el individualismo romántico de un grupo intelectual imbuido de ideas universales que detestaban la nación. Una negatividad que, en la práctica, terminó por deshacer lo poco de patriotismo que restaba en España. Tan sólo Ángel Ganivet, Ricardo Macías Picavea o Joaquín Costa significaban una crítica responsable y constructiva, ordenada a la edificación del cuerpo nacional<sup>19</sup>. Los tres compartían el valor atribuido a la autoridad como principio vertebrador. Si Ganivet se detuvo a examinar las múltiples características del *espíritu español*, amalgama de su tradición estoica, cristiana y temperamental, forjadoras de su carácter<sup>20</sup>; Macías Picavea reivindicó el legado nacionalizador de los Reyes Católicos, propugnando en 1899 un elenco de soluciones que pasaban por la sustitución de los partidos políticos. A su juicio, debía instaurarse un sistema corporativo de representación, así como un amplio programa de mejoras pedagógicas y de infraestructuras bajo el mando de un “hombre histórico” que acometiera esta empresa moralizadora<sup>21</sup>.

Esta visión del poder como autoritarismo ilustrado, que en opinión de Salaverría debían desempeñar las minorías distinguidas, se complementaba con una concepción nacional apoyada en las individualidades carismáticas de la historia española. El sentido heroico, vital y voluntarista conformaron los basamentos de este nacionalismo con el que se apeló a la juventud a bregar por la obra regeneradora de la patria.

La necesidad de “aventar las polillas y el mohó de la negación sistemática, del autodesprecio, de la crítica perezosa y del pesimismo masoquista”<sup>22</sup>, tendrá su eco correspondiente en la obra de Gaspar Sabater. Con su título *En torno a la afirmación*

---

<sup>17</sup> *Ibd.*, p. 50.

<sup>18</sup> «Si los catalanistas dicen que ellos desean el bien de España no dicen verdad, porque al catalanismo le interesa ante todo, fundamentalmente, la disminución de la idea de España. Con una España grande, el catalanismo no tendría excusa: y los catalanistas desean a Cataluña por encima de España». SALAVERRÍA, J. M., *La afirmación española*, Gustavo Gili Editor, Barcelona, 1917, p. 82.

<sup>19</sup> *Ibd.*, p. 40.

<sup>20</sup> GANIVET, A., «Idearium español», en *Homenaje a la generación del 98*, Espasa, Madrid, 1999, p. 96.

<sup>21</sup> MACÍAS PICAVEA, R., *El problema nacional*, Madrid, 1899.

<sup>22</sup> SALAVERRÍA, J. M., *La afirmación...*, p. 163.



*española*, publicado en 1943, el escritor mallorquín reveló su deuda de gratitud con las enseñanzas de Salaverría.

Estas lecturas de juventud explican su adhesión al proyecto de Falange Española poco después del estallido de la guerra civil. Con el acto fundacional de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia de Madrid en octubre de 1933 se entrecruzan varias corrientes del pensamiento regeneracionista<sup>23</sup>. Aquel que encarnara su padre, tomado del liberalismo autoritario de Costa y de algunos aspectos del ideario tradicionalista, con la propuesta vertebradora de Ortega. La denuncia en el discurso de José Antonio del Estado liberal y del marxismo en cuanto materialismos que transgredían la dignidad del hombre como portador de valores eternos, concluyó en la demanda de una restitución del modelo corporativo en la organización de la sociedad y del trabajo. La dimensión social de la persona debería proyectarse políticamente a través de sus entidades naturales. Según su criterio, la familia, el municipio y las corporaciones profesionales actuarían de cauce para la representación en el nuevo Estado. Los partidos políticos –de acuerdo con algunos de los primeros regeneracionistas de la centuria– no eran ya innecesarios, sino del todo perniciosos para la unidad y el progreso de la nación<sup>24</sup>. En el desprecio a la democracia pluripartidista anidaba la prevención frente a la demagogia ingrátida de la masa que señalara Ortega en su obra. El requerimiento de minorías directoras capaces de corregir aquella mediocridad no estaba reñido –según el filósofo madrileño– con la democracia liberal en cuanto norma de derecho político<sup>25</sup>. He aquí la discrepancia fundamental con el discurso falangista, contrario a esa *bastardía intelectual* de Ortega proclamada por Ernesto Giménez Caballero: la del liberalismo pesimista del 98 y la que oteaba la fuerza, la vitalidad y el empuje de una generación imbuida del sentido ascético y militar de la vida<sup>26</sup>.

Por esto mismo se explica el desacuerdo de Sabater con el autor de *España invertebrada*. La principal reserva del mallorquín descansaba en la ausencia de engarce generacional que apreció en las reflexiones del filósofo. Es decir, en la carencia de un reconocimiento de la tradición como continuidad con el pasado y elemento informante del genio nacional<sup>27</sup>. Más allá de las enmiendas incorporadas por el fundador de la *Revista de Occidente* sobre el particular, Sabater siguió recelando de la concepción biológica desplegada por Ortega y de su interpretación racial –la nula influencia de los visigodos– como razón justificativa de la decadencia española<sup>28</sup>. En el fondo, Sabater seguía los argumentos de Giménez Caballero al imputar a Ortega un nuevo intento de extrañamiento cultural –la germanización– en contra de la personalidad española, eminentemente latina y mediterránea<sup>29</sup>.

<sup>23</sup> Véase PEÑALBA, M., *Falange Española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Eunsa, Pamplona, 2009, pp. 88-92.

<sup>24</sup> PRIMO DE RIVERA, J. A., «Discurso de la fundación de Falange Española» en *Obra completa*, IEP, Madrid, 1976, p. 165.

<sup>25</sup> ORTEGA Y GASSET, J., «Democracia morbosa», en *El espectador*, Salvat, Madrid, 1969, p. 67.

<sup>26</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Genio de España*, pp. 55-56, 79.

<sup>27</sup> SABATER, G., *En torno a la afirmación...*, pp. 42-43.

<sup>28</sup> SABATER, G., «Racismo hispano» en *Aquí Estamos* (mayo, 1939).

<sup>29</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Genio de España*, pp. 57, 59.



#### 4. Propuestas ideológicas de Sabater

En este sentido, Gaspar Sabater no ahorró sus reprensiones a una intelectualidad liberal extranjerizante, con una concepción del mundo y de la historia del todo incompatible con lo que consideraba la esencia católica de España:

Esa depreciación de nuestra Historia –argumenta– fue debido a una falta de preparación. Era mucho más cómodo asimilarse las sandeces que escribió Rousseau, que hacer lo propio con Vives, Suárez y los hermanos Valdés.

El caos y el desconcierto eran producto de la vacuidad y sentido antinacionalista del pensamiento liberal.

La nueva generación opone un credo: fe en los supremos destinos de España. Basta ya de ver a nuestra patria invertebrada. Es necesario robustecerla. Descubrir ese genio que tiene oculto para que vibre. Para ello es necesario conocer la Historia. No más citas de extranjeros ilusos<sup>30</sup>.

Con la intencionalidad de encarar esta empresa, Sabater añadió a esta pauta otras dos –en línea con el ideario regeneracionista vislumbrado desde el nacional-sindicalismo–: la primera, basada en la reforma de la educación por y para el Estado, concebido como instrumento al servicio de la unidad de la patria<sup>31</sup>, en la cual habrían de integrarse todos los valores antedichos. Y la segunda: la renovación socioeconómica. El redescubrimiento del trabajo como elemento dignificador de la persona y de su libertad, encauzada al servicio de la comunidad nacional, completaría este elenco propositivo<sup>32</sup>.

Conforme a estos puntos se articularían los organismos institucionales de representación. Las Cortes –tal como las proyectara el tradicionalismo o los pensadores regeneracionistas como Casaña o Macías Picavea– se estructurarían de manera corporativa, sin partidos políticos, apoyadas sobre las entidades naturales ya citadas. La Cámara se dedicaría únicamente al estudio y a la resolución técnica de los problemas que presentara la realidad de cada tiempo<sup>33</sup>.

Este programa de Gaspar Sabater sintetiza el ideario y la evolución del pensamiento regeneracionista, cada vez más inclinado hacia fórmulas autoritarias a medida que fue agudizándose la crisis del parlamentarismo liberal. En dicho contexto, Sabater entendió que la opción nacional-sindicalista era la más efectiva para impulsar ese anhelo regenerador, presente en la conciencia de las minorías intelectuales desde que alumbrara el nuevo siglo.

---

<sup>30</sup> SABATER, G., *En torno a la afirmación...*, 57-58.

<sup>31</sup> PRIMO DE RIVERA, J. A., «Discurso de la fundación de Falange Española» en *Obra Completa*, p. 165.

<sup>32</sup> SABATER, G., «El hombre ante el trabajo», *Baleares* (26/03/1940).

<sup>33</sup> SABATER, G., «El Estado como instrumento de unidad de destino», *Baleares* (26/11/1939); «Ante las Cortes españolas», *Baleares* (07/08/1942).